

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Studer, Brigitte: *The Transnational World of the Cominternians*, Londres y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2015.

Augusto Piemonte

Universidad de Buenos Aires / CONICET

augusto.piemonte@gmail.com

Fecha de recepción: 30/08/2017

Fecha de aprobación: 17/08/2017

Brigitte Studer es una destacada historiadora suiza que se desempeña en la Universidad de Berna. Con una tesis doctoral sobre la Comintern y el estalinismo defendida en 1994, su atención principal no ha cesado de centrarse en las complejidades que encierra el estudio de la Internacional Comunista. Este interés quedó plasmado en trabajos como *Parti sous influence: le Parti communiste suisse, une section du Komintern, 1931-1939*, *Komintern: L'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l'Internationale communiste* (en coautoría Michel Dreyfus, Claude Pannetier, Mikahil Narinski y Serge Wolikow, entre otros especialistas del tema), *Moscou, Paris, Berlin, 1939-1941. Télégrammes chiffrés du Komintern* (coautoría con Bernhard Bayerlein, Narinski y Wolikow), *Stalinistische Subjekte. Individuum und System in der Sowjetunion und der Komintern, 1929-1953* (coeditado junto a Heiko Haumann). En vísperas del centenario de la revolución rusa, y retomando las líneas de investigación abordadas en una serie de artículos previos

publicados a lo largo de más de quince años, Studer dio a conocer una nueva obra que aborda el mundo de la Comintern.

Desde el inicio de la experiencia revolucionaria, la Rusia soviética ejerció un fuerte influjo en el mundo occidental. En el escenario político en que emergió la Internacional Comunista ocupaba un lugar de preeminencia la confianza en una rápida victoria de la revolución proletaria a nivel internacional. La derrota en 1923 del octubre alemán coartó en parte esas esperanzas, aunque el andar de los revolucionarios no se detuvo. La expresión más cabal de esta atracción fue cristalizada en los varios miles de viajeros que visitaron el país de los soviets durante el período de entreguerras. El objetivo internacionalista de la revolución rusa contribuyó sin dudas de manera especial a captar la atención de quienes militaban o simpatizaban con el campo de la izquierda revolucionaria y veían abrirse un nuevo horizonte de expectativas. Parte fundamental de este contingente de visitantes fueron los agentes cominternianos. Es sobre la vinculación entre estos revolucionarios profesionales empleados por la Comintern y Moscú donde se sitúa el eje central de *The Transnational World of the Cominternians*. No obstante, carente de una hipótesis precisa que guíe la investigación, el estudio consiste en una recomposición histórica del entramado en que se desarrolló el trabajo de los cominternistas. Aunque no hay en el título ningún indicio que advierta a los lectores del recorte temático, geográfico y temporal, no se trata de una obra de intenciones holísticas. Su tema principal es la actividad normativizada de los agentes de la Internacional Comunista (IC) en Moscú; su límite espacial se halla signado por Europa occidental, Rusia y —en menor medida— Estados Unidos; sus momentos históricos son la década de 1920 y comienzos de la siguiente.

A los ojos de los bolcheviques triunfantes, la Segunda Internacional había encontrado el final de su existencia cuando la gran mayoría de los partidos socialistas de Europa tomó la decisión de anteponer el nacionalismo burgués al internacionalismo proletario. La IC emergió entonces en marzo de 1919 como la encarnación del “partido mundial de la revolución proletaria”. El entramado cominterniano consistió en una amplia red de organizaciones de masas que buscó coordinar acciones en varias áreas específicas de la vida social. Tal fue el sentido de la Internacional Sindical Roja, el Socorro Rojo Internacional, la Liga contra el Imperialismo, la Internacional Juvenil

Comunista, entre otras. Studer señala que la historiografía que se ha ocupado tanto de la IC como de sus diversas secciones nacionales ha seguido habitualmente una tendencia a simplificar los problemas que en torno de la relación entre ambos espacios se fue generando a lo largo de un proceso sincrónico que en realidad es multidimensional. Más aún, es común la postura de considerar la Comintern “como un mero ‘hecho’” (p. 5), desconociendo las complejidades y derivaciones que hacen de ella un objeto de estudio tanto específico como necesario.

En este sentido, ya en la introducción a su libro, Studer revela lo lejos que se está aún de tener un conocimiento cabal acerca de las múltiples complejidades que encierra la vida de la Comintern. En efecto, allí la autora deja constancia específicamente del hecho de que, pese a haberse visto implicados en el surgimiento y desarrollo de la IC varios decenas de miles de participantes, no se puede no obstante disponer de una cuantificación precisa ni siquiera después de producida la apertura de los archivos rusos para la consulta de los investigadores. La tarea no es nada sencilla. Si a comienzos de la década de 1930 la IC establecía en un informe que su dotación de personal contaba con cerca de 500 empleados, los historiadores solamente han encontrado registros fidedignos de 331 colaboradores. No fue sino hasta despuntar el año de 1932 cuando, a través de la conformación de un Departamento de Cuadros, se comenzó a exigir a cada nuevo empleado la confección de autobiografías. Este organismo disponía de mecanismos de intimidación destinados a quienes se rehusaban a reconocer sus falencias: la advertencia, la culpa, la degradación y la expulsión. La autocrítica era percibida como aquella medida pedagógica que contribuía a la “consolidación ideológica del partido”. A los fines de ejercer su férreo control, el poder burocrático contaba con la amplia información vertida en sus archivos a partir de las tarjetas de “características” y las fichas personales requeridas a todos sus participantes. La autora señala que, si bien la vigilancia sobre la población había comenzado con la emergencia de la Cheka en 1918 y los miembros del Partido Bolchevique eran observados desde inicios de la década de 1920, fue mediante la creación del Departamento de Cuadros que se agudizaron las prácticas de control político dentro de la IC.

Studer reconstruye con pericia la composición interna de la Comintern a partir de los archivos soviéticos. Logra así dar cuenta del hecho de que cerca de dos terceras partes del total de

miembros del aparato de la IC pertenecían al partido soviético, mientras que el tercio restante correspondía a afiliados de otros partidos comunistas, principalmente al PC alemán. Dos terceras partes de los cominternianos se reconocían como revolucionarios profesionales y experimentados, habiendo trabajado previamente para los partidos comunistas o bien en alguna organización asociada a ellos. Según un informe del Archivo Estatal Ruso de Historia Socio-Política (RGASPI según su correspondiente acrónimo ruso) elaborado a fines de 1931 o comienzos de 1932, un número importante de los cuadros de la IC eran políglotas, pudiendo comunicarse 107 de ellos en ruso y en alemán, en tanto que 52 podían hacerlo también en francés y 21 de ellos manejaban el inglés como cuarta lengua. Las autobiografías dieron a conocer también que una tercera parte de los cominternianos se consideraban “trabajadores”, mientras los dos tercios restantes se reconocían como “empleados de cuello blanco”. Por otro lado, 38 de ellos decían tener algún tipo de educación universitaria, de los cuales 25 habían concluido su formación superior; la mitad había cursado estudios secundarios, la tercera parte contaba solamente con estudios primarios y una pequeña porción del total (22 personas) eran apenas alfabetizadas. Esta proporción fue variando hacia finales de la década de 1930, disminuyendo de dos tercios a uno la proporción de los cuadros que contaban con educación secundaria o terciaria. Aún cuando la IC se encontraba profundizando su trabajo organizativo, cerca de tres cuartas partes de sus miembros no soviéticos se concentraban en apenas cuatro países (Alemania, Francia, Checoslovaquia y Yugoslavia). El foco del trabajo cominterniano en la defensa de la Unión Soviética ante la posibilidad creciente de una agresión extranjera redundó en un decrecimiento en el número de sus miembros para el resto de la década. Recién en los años treinta se produjo una recuperación en el volumen de implicados a partir de la implementación de la política de frentes populares. La radiografía que hace la autora del personal que componía la IC constituye uno de los puntos altos de su trabajo.

La autora formula algunas afirmaciones categóricas que no encuentran sustento empírico más allá de unas pocas ejemplificaciones concretas. Así, por dar un ejemplo, Studer sostiene que “Las mujeres mismas tendían a considerar que su actividad política era secundaria a la de los hombres, en primer lugar a la de sus propios maridos” (p. 57, la traducción es nuestra). Para fundamentar este señalamiento remite a un puñado de casos dispersos, uno para cada una de las secciones principales de la IC: Jeannette Vermeersch, segunda esposa de Maurice Thorez y cuadro

del PC francés; Lilly Korpus, miembro de la dirección del PC alemán en Berlín, periodista y editora del *Arbeiter Illustrierte Zeitung*, casada con el escritor comunista Johannes Becher; Marjorie Brewer, maestra y activista a nivel local, esposa de la máxima autoridad del PC británico, Harry Pollitt; Peggy Dennis (seudónimo de Regina Karasick), periodista y activista comunista, esposa del líder del PC norteamericano, Eugene Dennis. Así, a partir de un único caso testigo correspondiente a cuatro de los partidos comunistas más importantes de Europa, Studer concluye que las activistas comunistas, aun cuando llegaran a ocupar puestos de cierta relevancia, eran propensas a abandonar o subordinar sus roles particulares para contribuir a la maximización del aporte realizado por sus propios maridos en la estructura partidaria. No queda clara cuál sería la lógica que rigió esta circunstancia. De igual modo, no se da cuenta de ninguna recopilación de datos que avale la supeditación del trabajo comunista de las mujeres al de los hombres para el caso de la militancia de base. Tomando en cuenta lo ocurrido con algunas de las mujeres más célebres que desarrollaron su militancia dentro del PC argentino, resulta evidente que la perspectiva de Studer amerita que se tomen reparos en su alcance. Nombres como los de Ida Bondareff (esposa del escritor e ingeniero comunista Moisés Kantor), Fanny Jacovksy (casada con el dirigente socialista Bernardo Edelman, afiliado al comunismo una vez finalizada la Guerra Civil española), o Mika Feldman (esposa de Hipólito Etchebéhère, líder juvenil que integró el ala izquierdista del PC durante la primera mitad de la década de 1920) dan cuenta para el período abordado por el libro reseñado de una realidad opuesta a la referida por su autora. En los tres casos mencionados, las mujeres comunistas realizaron un trabajo al interior del partido que cobró significación propia por encima de la vinculación que pudiera mediar a través de la participación de sus maridos. La obra presenta en este punto un problema estructural que la atraviesa en toda su extensión y es que el mundo trasnacional de los cominternianos que se aborda queda circunscripto a los límites geográficos conformados por la Unión Soviética y las potencias industriales de Europa occidental. Dado que la realización de un libro dedicado al estudio de la relación entre la Comintern y el conjunto de sus secciones nacionales resulta a todas luces una tarea titánica que, con seguridad, requeriría varios volúmenes, hubiera sido conveniente que el título de la obra fuera más preciso, o que se incluyera un subtítulo que diera cuenta del recorte problemático que ciñe el desarrollo del análisis.

El capítulo tercero del libro atiende las experiencias plasmadas por aquellos comunistas que visitaron Moscú. Studer recompone el modo en que, si bien las expectativas puestas en la Unión Soviética eran unánimemente favorables por parte de quienes emigraban a ella en forma transitoria o permanente, el contacto con la realidad concreta de la experiencia soviética distó mucho de generar un impacto igualmente uniforme. Si bien también aquí los casos recopilados se concentran en los visitantes europeos, se extraen igualmente en este punto formulaciones universales pasibles de ser aplicadas a la totalidad del campo comunista internacional. Es precisamente en el intento de proyectar ciertas situaciones específicas de las secciones centrales de la IC al común de los partidos comunistas nacionales donde el texto de Studer presenta problemas metodológicos. Aunque una porción significativa de quienes solicitaron asilo político a la Unión Soviética procedían de Polonia, Letonia, Bulgaria y Rumania, el interés de Studer se concentra en capturar las percepciones de los miembros del PC alemán y sus familias, quienes conformaron el grupo nacional de emigrantes más populoso. Una vez más, la autora presenta conclusiones a partir de un número impreciso de casos testigo. Así, refiere que “la mayoría de los extranjeros” vieron con buenos ojos los esfuerzos soviéticos para alcanzar un estilo de vida más culto, aunque “muchos” de los comentarios vertidos en ese sentido se hallaban atravesados por “una cierta superioridad benevolente” (p. 68, la traducción es nuestra). En el texto, este argumento encuentra sostén únicamente en los papeles pertenecientes a la actriz alemana Inge von Wangenheim, conservados por el Archivo de la Academia de Arte de Berlín. No obstante, en nota al final del texto, Studer señala que estas apreciaciones fueron omitidas por von Wangenheim en las memorias que publicó en el año 1954. Asimismo, tampoco queda claro cuál es el camino por el cual llega a sostener que “la mayoría de los extranjeros” encontraban que la comida rusa no era de su agrado. Más valor y mayores fundamentos encuentra la observación que atribuye esta cuestión alimentaria a la provisión de alimentos especiales para extranjeros, erigida en uno de los varios privilegios de los que gozó este grupo dentro de la IC.

Dada la pericia con que fue concebido un estudio tan necesario como complicado, resulta llamativo que el libro no establezca periodizaciones ni dé cuenta de cómo afectan la vida interna de la Comintern los cambios mayores operados a través de sus diversas líneas políticas. Palabras clave para la historia del comunismo internacional del período de entreguerras como “tercer pe-

río”, “frente único”, “clase contra clase”, “frente popular”, “bolchevización”, apenas reciben alguna mención esporádica a lo largo del texto. Dado que se trató de directrices que funcionaron como categorías ordenadoras de la IC y que encontraron expresión concreta en cada una de las secciones nacionales que la componían, su consideración —así no fuera más que para explicitar el rechazo de su instrumentalización en términos metodológicos— hubiera sido relevante y habría ameritado un tratamiento profundo.

No obstante, el enorme acervo documental de la Comintern, abierto en 1991 pero todavía escasamente trabajado en relación a la magnitud de sus contenidos, no solamente permite dar cuenta del funcionamiento del tendido burocrático que abarcó al conjunto de los partidos comunistas y su relación con el centro moscovita. Aunque este es el punto más evidente y, al menos para el inicio de las investigaciones, más atractivo y urgente, no es el único tópico pasible de ser abordado mediante el análisis del rico corpus documental abierto a consulta. En este sentido, *The Transnational World of the Cominternians* tiene el enorme mérito de constituir un sólido abordaje a la dinámica en que se sumieron los agentes extranjeros de la IC en Moscú a propósito de las secciones secretas, el Departamento de Cuadros, el aparato de represión política, la cotidianidad de los bolcheviques, la vida privada de los militantes internacionalistas, el papel de las mujeres comunistas. En suma, aspectos poco o nada transitados con anterioridad y de suma importancia para favorecer una comprensión más acabada acerca de qué fue y qué significación guardó la Comintern para el desarrollo del movimiento comunista internacional hasta el momento de su disolución en mayo de 1943.